

La mañana siguiente me adentré por un lugar más complicado: el cuchillar que parte del Morezón. Tuve que trepar y destrepar en varias ocasiones y dominar el vértigo al pasar por algunos puntos, como en la placa de los Hermanitos, no obstante, el esfuerzo valía la pena. Era un recorrido aéreo, con vistas espectaculares a una y otra vertiente. Me habían dicho que había un hueco bajo los Hermanitos que permitía pasar de un lado al otro ¿sería verdad? Desde allí pensé bajar por la inclinada canal (difícil por las piedras sueltas) y llegar a la Laguna Grande, desde donde podría tomar el camino normal, pero antes me encontré con unos montañeros que estaban preparando una salida para un grupo de Salamanca llamado "La Facendera". Al parecer

este recorrido lo ha hecho ya la asociación varias veces en los últimos 50 años. Seguramente, sería porque la primera vez que vinieron les gustó tanto que decidieron repetirlo de vez en cuando. Me gustó mucho la idea de un grupo de gente donde cada cual pone su grano de arena con el objetivo de que todo el mundo pueda disfrutar. Seguramente esa es la clave del éxito que han tenido y sin duda seguirán teniendo.

Creo que, antes de regresar a mi tiempo, voy a quedarme para compartir mis experiencias con los facenderos. Les propondré alguna salida por los lugares que conozco...

Javier San Sebastián

Organizan la salida: Anibal y Javier



Asociación LA FACENDERA – Zamora, 64 (Ateneo) Tel.:661 60 04 15. - 37002 Salamanca

<http://www.lafacendera.com>

23 de septiembre de 2007

## “RETURN” Un cuento en Gredos

Es difícil entender cuanto me ha ocurrido en los últimos tiempos. Mi vida era plácida; hacía muchos inviernos que usábamos las armas sólo para cazar, casi siempre a las esquivas cabras salvajes. Las mujeres molían los cereales y preparaban las tortas asadas en las piedras junto al fuego; además, casi siempre comíamos carne y algunos frutos de los bosques. En las chozas del poblado guardábamos cuanto necesitábamos, combatíamos el frío con las pieles de los animales e incluso a veces cambiábamos útiles con viajeros de otras tierras y nos asombrábamos con cada novedad ¡Si ahora vieran lo yo he visto..!

Han pasado varias lunas desde aquel día en que vi venir sobre mí una nube extraña y espesa. Me quedé dormido. Cuando desperté, estaba dentro de un recipiente mullido. En un estado de duermevela fui percibiendo lo que

ocurría. No sé de qué forma me conectaron a una máquina y en mi cerebro se acumularon conocimientos enormes. Aprendí a comunicarme con ellos, humanos, pero muy diferentes de mí. Había hecho un viaje muy largo. Un viaje de venticinco siglos.

Según me dijeron estaba en un edificio llamado “Zona Experimental de Alta Tecnología. Proyecto Return. Gobierno de la Humanidad”, pero desde las ventanas podía ver un paisaje conocido; las montañas no habían cambiado tanto, salvo por la ausencia total de nieve. Estaba en la ciudad que ahora llamaban “Hoyos del Espino” y, al fondo veía las cumbres de Gredos. Cerca de mi hogar de verano.

Me aseguraron que me devolverían a mi tiempo y espacio, donde no recordaría nada de todo esto. Me dijeron también que no debía salir de allí, pero a pesar de que

me trataban bien, no pude soportar estar encerrado. Conservo la agilidad que me hizo famoso en la tribu, así que cuando encontré una ventana abierta, salté, escalé los muros y escapé sin que nadie se diera cuenta.

Los pinares, según me habían dicho, sobrevivieron a varios incendios provocados por la desidia y la mala gestión ambiental. Afortunadamente los humanos aprendieron de los errores que estuvieron a punto de acabar con la vida. Sólo en el último instante, pudieron reaccionar y darse cuenta de que había recursos para todos sin destruir la naturaleza. Las fuentes de energía renovables y el hecho de que las Naciones Unidas hicieran de la Tierra una única nación, consiguieron acabar con el hambre y la miseria de muchos frente al antiguo privilegio de unos pocos. En la diversidad biológica se encontraron remedios para salvar al planeta de algunas enfermedades. Ahora se respeta, se fomenta y se disfruta de la naturaleza, pues se siente como un bien común.

Tras los pinares me adentré por la garganta de Prao Puerto. ¡Cuántas veces caminé por aquí con los pequeños rebaños! Lo que llaman "El Puerto de Candeleda", junto con los otros pasos de Gredos, como El Arenal, La Cabrilla o El Peón, servían para llevar al gana-

do desde el Sur invernal a los prados de verano. Así se hizo durante siglos. Incluso en este mes de septiembre, las vacas seguían pastando y me miraban distraídas mientras caminaba.

El Puerto de Candeleda me ofreció la añorada imagen de la tierra de mis mayores. Ahora el paisaje es diferente, modificado por pueblos, carreteras y cultivos, pero la visión de las gargantas y del valle del Tiétar sigue siendo un regalo.



Desde allí, me dirigí por el camino de la cuerda hacia el Oeste. Según iba subiendo, la trasera del cuchillar de Cerraillos se veía colgada sobre los abismos de la garganta Blanca. Podía distinguir el risco del Francés, el Casquerazo, los Tres Hermanitos, la Ventana y, en primer término, Navasomera y el risco del Fraile. Incluso el Almanzor aparecía entre los riscos ¡Qué lugar tan magnífico para hacer un descanso tras la breve subida! El camino seguía hacia las ruinas del refugio del Rey, que según me

habían comentado, mandó construir el Rey Alfonso XIII para poder pasar algunos días en Gredos. Me dijeron que era un rey aficionado a la caza y que creó la primera reserva que, a fin de cuentas, libró de la extinción a la Capra Pirenaica victoriae, que es como se llama este ungulado, ahora casi doméstico.

Calmé mi sed en la fuente del refugio y continué hacia arriba, por las praderas de Navasomera, hacia el pico del Morezón. El camino con hitos llevaba con facilidad hasta la misma cumbre. El Circo de Gredos es un fantástico ejemplo de la erosión glaciar. En pocos lugares se puede divisar un paisaje de montaña tan agreste y soberbio con un esfuerzo relativamente pequeño. Nadie debería perderse este mirador. De izquierda a derecha veía el cuchillar de Cerraillos (y al final del mismo, los Hermanitos), el Casquerazo, el cuchillar de las Navajas, la Portilla Bermeja, el Almanzor, el Cuchillar de Ballesteros, el Almeal de Pablo, Risco Moreno, El Cerro de los Huertos y al fondo, la Galana y el Cervunal o Cabeza Nevada.

Continué hacia el Norte crestean-do entre hermosas vistas por la Cuerda del Cuento. El camino conectaba con la senda de la Laguna cerca de la Peña del Rayo, en el paso de los Barrerones. Desde allí, podría seguir hacia la

Fuente de Cavadores y el Prao Pozas, para llegar a la Plataforma. Al otro lado de la garganta de la Laguna podía ver con claridad las revueltas del camino real, que trepa hasta llegar al Circo de Cinco Lagunas. Era casi de noche así que preferí dormir bajo las estrellas en la cumbre del Morezón.

Me encontraba confuso. A pesar de lo que me habían metido en la cabeza, parte de mi cerebro se negaba a desprenderse de las creencias inmemoriales. La magia de los hombres del futuro era poderosa, más que el sol, más que los dioses del cielo que giraban en la noche sobre mi cabeza. Su brillo no era el de entonces. Veía como algunos se debilitaban, se desplazaban por el cielo y rugían heridos: sin duda, bajaban a buscar un lugar donde morir; los valles estaban ocupados por sus luces, ahora mortecinas. Aviones, me dijeron. Electricidad. De noche, en la cumbre del Morezón, sólo las montañas parecían seguir inmutables.

